

EL CONFLICTO IDENTITARIO DE LOS JUDÍOS ALEMANES AL COMIENZO DEL RÉGIMEN NAZI VISTO A TRAVÉS DE LA NOVELA *LOS HERMANOS OPPERMANN* (LION FEUCHTWANGER, 1933)

*THE IDENTITY CONFLICT OF THE GERMAN JEWS
AT THE BEGINNING OF THE NAZI REGIME SEEN THROUGH THE ROMAN
THE OPPERMANN BROTHERS (LION FEUCHTWANGER, 1933)*

Adolfo José Calero Abadía
Universidad Central de Venezuela
adolfo.c@hotmail.com

∞ RESUMEN

∞ PALABRAS CLAVE

Oppermann
Feuchtwanger
Judíos asimilados
Judeo-alemán

El presente artículo se propone dilucidar la situación de la comunidad judía en Alemania durante el primer año del gobierno nacionalsocialista a través de la novela Los hermanos Oppermann (1933), del autor judeo-alemán Lion Feuchtwanger. Mediante la poética de esta novela (considerada como una "instantánea" de aquel momento histórico), se pueden apreciar las fuertes tensiones e incertidumbres que padecieron los hebreos asimilados y practicantes (incluso sionistas) frente al encumbramiento de una fuerza política que se autoproclamaba su enemiga mortal. Siempre desde la perspectiva judía, este artículo centra su atención en el quiebre material y moral de la muy asimilada burguesía berlinesa —ejemplificada fielmente en el clan Oppermann— al ser despojada por los nazis de su preciada identidad alemana.

∞ ABSTRACT

∞ KEYWORDS

Oppermann
Feuchtwanger
Assimilated Jews
Jew-German

The present article aims to elucidate the situation of the Jewish community in Germany during the first year of the National Socialist government through the roman The Oppermann Brothers (1933), by the Jewish-German author Lion Feuchtwanger. Through the poetics of this roman (considered as a "snapshot" of that historical moment), we can appreciate the strong tensions and uncertainties experienced by assimilated Hebrews and practitioners (even Zionists) against the rise of a political force that proclaimed itself its mortal enemy. Always from the Jewish perspective, this article focuses on the material and moral breakdown of the highly assimilated Berlin bourgeoisie —faithfully exemplified in the Oppermann clan— being stripped of its precious German identity by the Nazis.



Recibido: 28/08/2019

Aceptado: 05/09/2019

El *problema* identitario judío en la Alemania nazi hacia 1933

Si bien la abundancia de literatura y filmografía sobre el Holocausto han permitido a generaciones posteriores asomarse al abismo sin precedentes que significó aquel infame momento de la historia, también ha generado cierta distorsión en cuanto a las tensiones que existieron dentro de la propia comunidad judía alemana, especialmente en el momento en que Hitler se encumbra fatalmente al poder. En ese trasvase, se abrió ante los judíos una gran incertidumbre respecto a su estatus dentro de Alemania, pues si bien la principal propaganda electoral nacionalsocialista en los años '20 se había propuesto presentar a los judíos como desarraigados de toda germanidad, traidores y carentes de escrúpulos, capaces de espiar para los enemigos durante la Primera Guerra Mundial y de vender la nación a postores y comunistas extranjeros,¹ la idea general después de las elecciones de 1932 era que el movimiento *popular* había sufrido un retroceso del cual no se recuperaría.²

Para al menos dos tercios de la población alemana, dicho revés de los nazis emitía un mensaje claro: la grave crisis económica y la sugestiva violencia del discurso hitleriano no suprimía la civilidad pluralista del pueblo alemán, en la cual parecía arraigar una democracia aún bisoña pero prometedora, que difuminaría la barbarie cáustica del fascismo como un mal sueño. Debido a ello, para hebreos y *gentiles* el nombramiento de Hitler como canciller en enero de 1933 constituyó una sorpresa difícil de asimilar; a la Alemania civilizada se le presentaba como la cristalización de una pesadilla, mientras que a los simpatizantes del nazismo –baja clase media, desempleados, nostálgicos de la monarquía prusiana (Fromm 1981)– se les mostraba como una oportunidad única de iniciar la verdadera Revolución Alemana, subvirtiendo el orden establecido hasta entonces, por el cual Alemania se encontraba bajo el dominio explotador de oligarquías judeo-burguesas y de una aristocracia decadente.³

¹ Esta idea la sintetiza el propio Adolf Hitler en *Mi lucha*: “Así, si pasamos revista a todas las causas del desastre alemán [en la I Guerra Mundial], advertiremos que la causa final y decisiva habrá de verse en el hecho de haber omitido comprender el problema racial y, en especial, la amenaza judía [...] He aquí la razón por la cual hubo en agosto de 1914 una nación que no se lanzó llena de determinación a la batalla; lo que llameó entonces fue simplemente el último destello de un instinto nacional de la propia conservación, frente a frente de las fuerzas del marxismo y del pacifismo [judíos] que avanzaban para triturar el cuerpo de nuestra nación. Mas desde que en aquellos días nadie reparaba en el enemigo interior, toda resistencia fue en balde y entre recompensar a la espada victoriosa y obedecer la ley del castigo inexorable, la Providencia prefirió esto último” (Hitler 1984: 151-2).

² En dichas elecciones, Hitler perdió aproximadamente dos millones de votos y treinta y cuatro escaños en el *Reichstag* respecto a las elecciones anteriores. Si bien el Partido Nacionalsocialista seguía siendo una de las principales fuerzas políticas a nivel nacional, se entendía que dicho resultado adverso le impediría a los nazis nombrar a Hitler como canciller (Shirer 1962).

³ Buena parte de la militancia nazi de base, fervorosa e ingenua creyente de este programa político revolucionario, no comprendía muy bien el juego político alemán. El nombramiento de Hitler como canciller de Alemania se produjo gracias a las presiones que sectores de la burguesía industrial, la oligarquía monárquica y nacionalista (estrechamente relacionada con el ejército) y los poderosos *Junker* o terratenientes de provincias ejercieron sobre el presidente Mariscal von Hindenburg. Dichos sectores, preocupados por el avance electoral de la izquierda radical y la socialdemocracia,

El programa nacionalsocialista proclamaba el arribo de una nueva era nacional, con la que se establecería un Estado de justicia y armonía alrededor de la noción de comunidad nacional-racial;⁴ esto permitiría a los arios volver a enseñorearse del mundo tal como lo hicieron en los albores de la civilización, antes de cometer el pecado mortal de mezclarse con razas inferiores y contaminarse, acarreado con ello su destronamiento civilizatorio (Hitler 1984).⁵ Conocedores de la naturaleza de su “público”, los nazis promovían “el orgullo de ser alemanes” y, en un hábil manejo de la conciencia colectiva, lograron confundir exitosamente la *identidad alemana* con la *nacionalsocialista* (Fromm 1981). Así, todos aquellos no arios, sobre todo los judíos, junto con quienes no compartían la ideología nacionalsocialista (comunistas, liberales, católicos, socialdemócratas), quedaban excluidos de la comunidad racial-nacional; dicho con toda llaneza: ya no eran *alemanes*.

Para los judíos que habitaban en Alemania, el encumbramiento de Hitler planteaba difíciles disyuntivas morales y materiales, y no solo por la obvia amenaza antisemita del nuevo régimen, sino por la propia conformación sociológica de la comunidad hebrea. En primer lugar, se encontraban los judíos *asimilados*, quienes se consideraban alemanes antes que hebreos; a esta clase pertenecían, generalmente, familias judías urbanas que se dedicaban a la industria o a las profesiones liberales y que habían sido educadas en los valores culturales centroeuropeos.⁶ Para ellos, Alemania era su patria y eran reconocidos como alemanes por el resto de la sociedad.

consideraban al grosero cabo austríaco “un mal menor” que, con habilidad y mano izquierda, podía manipularse provechosamente. Al llegar al poder, y consciente de que aún no tenía pleno control del ejército y la economía, Hitler no dudó en aliarse con las detestadas oligarquías nacionales y monárquicas, lo cual detonó una rebelión en el seno de su propio movimiento; esta situación, insostenible políticamente, terminaría con el infame episodio de *la noche de los cuchillos largos* (Shirer 1962).

⁴ Sobre la naturaleza de la ideología *volkisch*, Ian Kershaw escribe: “las tendencias básicas de la ideología *volkisch* eran el nacionalismo extremo, el antisemitismo racial y las concepciones místicas de un orden social exclusivamente alemán, con raíces en el pasado teutónico, apoyado en el orden, la armonía y la jerarquía. Lo más significativo era la vinculación de una visión romántica de la cultura alemana (considerada superior aunque agobiantemente amenazada por fuerzas inferiores pero poderosas, especialmente eslavos y judíos), con una insistencia social –darwinista en la lucha por la supervivencia, ideas imperialistas de la necesidad de expansión hacia el este eslavo con objeto de salvaguardar la supervivencia nacional, y la necesidad de conseguir la pureza racial y una nueva élite erradicando lo que se consideraba el mayor enemigo de lo germano, el espíritu judío” (Kershaw 2002: 203-4).

⁵ Joachim Fest resume esta perspectiva afirmando que el nazismo se presentaba como “una utopía racial que prometía el surgimiento de una nueva era cósmica. Ésta debía nacer gracias al esfuerzo y a la lucha de varios cientos de millones de hombres genéticamente conscientes y unidos, que cumplían impasibles su misión histórica, conquistaban espacios, exterminaban o mantenían en situación de dependencia escalonada a todos los de ‘raza inferior’” (Fest 2004: 58).

⁶ Al respecto, David Engel explica que “alrededor de 1871, los judíos habían conseguido la emancipación –eran considerados ciudadanos en igualdad de condiciones– en todos los estados europeos al oeste del río Elba. Se esperaba que ellos se consideraran franceses, alemanes e ingleses de religión judía, en lugar de concebirse como miembros de un único pueblo histórico diseminado por todo el mundo. La mayoría de los judíos de esos países recibió la emancipación con beneplácito declarando que, de ahí en más, el término “judío” se refería exclusivamente a un grupo religioso y quedaba despojado de cualquier sentido étnico. Los judíos pusieron todo su empeño en borrar las diferencias económicas, sociales, lingüísticas y culturales que los había separado ostensiblemente de la sociedad que los albergaba en la época medieval. Con el fin de facilitar la integración social, algunos judíos, denominados reformados, llegaron a proponer modificaciones profundas a sus leyes religiosas, entre ellas la eliminación de la prohibición de ingerir determinados alimentos. A finales del siglo XIX, la mayor parte de los judíos europeos había recorrido ya un largo camino para que nadie pudiera distinguirlos exteriormente de sus vecinos: hablaban la misma lengua, asistían a las mismas escuelas, leían los mismos libros y periódicos y usaban la misma ropa. Cuando los países donde vivían gozaban de prosperidad económica, ellos también prosperaban” (Engel 2006: 23).

Aunque casi todos cumplían con los mandatos de la ley judía, muchos no eran practicantes, pues se encontraban plenamente identificados con los modelos identitarios alemanes. En síntesis, eran *alemanes-judíos*. Luego, existía otra clase de judío, permanentemente consciente de sus diferencias con respecto al mundo *gentil*, del cual reelaba; estos judíos eran los *tradicionalistas* (entre ellos, los más extremistas, denominados *sionistas*),⁷ cuyo grado de asimilación a la cultura alemana era mucho más relativo y controversial. Pese a que abundaban en las ciudades, estos judíos menos asimilados solían provenir de familias campesinas y fronterizas, a menudo *extranjeras*.⁸ Aunque desarrollaban una participación plena en la vida social, su interacción con el contexto *gentil* estaba signada por la reserva, generando mutua suspicacia; quizá debido a ello, estos judíos solían ser menos susceptibles a ciertas actitudes antisemitas de naturaleza costumbrista y estereotipada, siempre latentes en las sociedades europeas. Ellos se consideraban primero *judíos* y, luego, *alemanes*.⁹

A partir de 1933, los judíos asimilados vieron desbordada su incredulidad acerca de la amenaza nazi. Ellos, confiados en los elevados valores civilizatorios de la sociedad alemana, nunca pensaron que esta sucumbiría a la barbarie totalitaria del fascismo; no obstante —y en realidad— si bien Hitler había llegado a la cancillería por las maniobras de ciertas minorías interesadas, no era menos cierto que al menos un tercio de la población creía en los nazis. Desde ese momento fatídico, los judíos *asimilados* se vieron sorprendidos por una ola de antisemitismo, que abarcaba todos los ámbitos de la vida social y moral; incluso aquellos *gentiles* que nunca habían demostrado el menor rasgo antisemita, ahora parecían contagiados por el demoleedor empuje de la propaganda *popular*,¹⁰ cuyo objetivo final era allanar el terreno al Estado nacionalsocialista para que ejecutara una “purificación” antijudía de todos los sectores sociales e institucionales, lo que finalmente ocurrió con el decreto-ley del 7 de abril de 1933, mediante el cual se expulsaba a todos los hebreos de la administración pública, el ejército, las escuelas, las universidades, los empleos científicos y las

⁷ Término que designa a aquel tipo de judío que mantiene un fuerte vínculo con sus tradiciones y leyes judías y se identifica con el planteamiento político de un retorno al Israel ancestral (*Eretz Israel*, en Palestina). Para los sionistas, los judíos solo pueden ser libres si logran la autodeterminación, y eso se consigue dejando de ser *huéspedes* en otras naciones y fundando un Estado propio.

⁸ Es decir, con menos de tres o cuatro generaciones de *germanización*. Estas familias judías mantenían una memoria de persecución y hostigamiento mucho más vívida en comparación con los judíos *urbanos*, por lo que su conciencia de *mismidad* era, a la vez, un rasgo de afirmación identitario y un mecanismo de autoconservación.

⁹ Hannah Arendt categoriza ambas “clases” de judíos con la sarcástica denominación de “parias” (no asimilados) y “advenedizos” (asimilados) debido a que, durante su existencia en Europa, los judíos debieron escoger entre aceptar condiciones de sumisión sociopolíticas exigidas por las élites *gentiles* para la asimilación o, simplemente, mantenerse al margen del “centro” social. De esta forma, explica la filósofa que “para la formación de una historia social de los judíos dentro de la sociedad europea del siglo XIX fue, sin embargo, decisivo que hasta un cierto tiempo cada judío de cada generación tuviese en algún momento que decidir si seguiría siendo un paria y permanecería fuera de la sociedad así, o si se convertiría en un advenedizo, o se conformaría con la sociedad con la desmoralizante condición de que él no tenía tanto que ocultar su origen como ‘traicionar con el secreto de su origen el secreto de su pueblo’” (Arendt 2004: 118).

¹⁰ En tal sentido, Michael Burleigh explica sobre la pulsión social del antisemitismo para 1933 que “la atmósfera política general erosionó también relaciones de un género menos íntimo, cuando se echaron a un lado las madejas que componen la trama de la sociedad civilizada. Paralelamente a la legislación antisemita o a los episodios espectaculares como el boicot, se produjo un proceso lento y firme de ostracismo informal al que fueron sometidos los judíos y que fue personalmente muy doloroso [...]. Algo tan inocuo como un apretón de manos entre dos conocidos en la calle se convirtió en una cuestión de cálculo rápido y elección moral. Una persona judía podría localizar de pronto una insignia del partido en la solapa de alguien; el portador captaría esa leve vacilación y se marcharía [...] Situaciones que exigían un mínimo de urbanidad, como las relaciones con criados o camareros de hoteles y restaurantes, pasaron a estar preñadas de posibilidades conflictivas” (Burleigh 2004: 525-7).

asociaciones artísticas (Friedländer 2004). A partir de entonces los alemanes-judíos, personas tan patriotas e identificadas con la germanidad como cualquier *gentil*, eran despojados de su identidad nacional y cultural; su inevitable procedencia étnica les privaba de pertenecer a la comunidad en la que habían nacido y crecido, reduciéndolos a una ambigua condición de *judíos*.¹¹ Trágica paradoja: a ellos, ciudadanos respetuosos de la ley y creyentes en los civilizados valores alemanes, les hurtaba su germanidad una facción de violentos bárbaros que había hecho retroceder la condición de *lo alemán* a un estadio tribal y premoderno.¹² La incredulidad de estos hebreos relativa a los alcances de la brutalidad nazi perduró un buen tiempo, pues la renuencia a abandonar sus posesiones y su vida a menudo superaba su comprensión de la realidad circundante; así, abrigaron vanas esperanzas de un providencial derrocamiento del régimen de Hitler o de que la franca oposición de la comunidad internacional no permitiría que unos salvajes inescrupulosos amenazaran la sufrida paz europea. No querían creer que la Alemania de sus padres ya no era la suya.

Por su parte, la eclosión de antisemitismo en la sociedad alemana, que exacerbada por la propaganda nazi pretendía erradicar la influencia judía de todos los ámbitos de la vida nacional, no sorprendió demasiado a los judíos menos asimilados o *tradicionalistas* (Rafecas 2013); al contrario: ellos solían esperar que estos brotes de violencia racial ocurrieran cada cierto tiempo, cuando la situación económica o social se tornara inestable; sabían perfectamente que siempre serían culpables de cualquier crisis o coyuntura del mundo *gentil*, porque no eran más que huéspedes tolerados, no aceptados. Esta convicción les permitió a muchos de ellos reaccionar con inmediatez a la amenaza nazi y abandonar Alemania, asumiendo que los primeros compases del gobierno hitleriano constituían una suerte de “periodo de gracia” y que, en el momento más inesperado, el antisemitismo de Estado impondría leyes para apresar a los judíos de manera permanente (Burleigh 2004).

El cruce de realidades identitarias que experimentaron los judíos en la Alemania de los primeros años de gobierno nazi,¹³ constituye el conflicto central de la novela *Los hermanos*

¹¹ Sobre esto, David Engel comenta que era comprensible “que las apreciaciones de la situación por parte de los judíos fueran contradictorias. La mayoría entendía que la nueva situación constituía ‘el fin de la emancipación’ y que no era ya posible contemplar a los judíos como ciudadanos alemanes en igualdad de condiciones con el resto ni como miembros de pleno derecho de la sociedad alemana. No obstante, si bien algunos se percataron desde un principio de que el recorte de sus derechos era el preludio de lo que el banquero judío George Solmssen describió como ‘la aniquilación económica y moral de todos los miembros de la raza judía que habitaban Alemania, sin distinciones’, muchos más se consolaban pensando que, ya desde hace mucho tiempo, los judíos han sufrido una constante fluctuación entre los polos extremos de la emancipación y el encierro en guetos”, lo cual insinuaba que, al final, recuperarían sus derechos y su posición social” (Engel 2006: 59).

¹² A este respecto, Nicholas Goodrick-Clarke explica que “la ideología *völkisch* [popular] incluye en su acervo el repudio sumario a la Modernidad [...]. Muchas personas repudiaron la modernización porque las ciudades, cada vez más grandes, y sus industrias arrasaban con las comunidades instituidas y dislocaban sus sentimientos adquiridos de estatus y seguridad. El liberalismo y el racionalismo fueron también repudiados, porque ambos tendían a desmitificar aquellas instituciones sacralizadas por el tiempo y a cuestionar las creencias y las autoridades que se daban por aceptadas” (Goodrick-Clarke 2005: 21).

¹³ Acerca de la distinta comprensión que de la realidad política tuvieron judíos *asimilados* y *tradicionalistas*, Burleigh comenta: “cada sección representativa de aquella comunidad sumamente fisipara [la judía] reaccionaba a su manera. Los sionistas alemanes comprendieron que las medidas políticas nazis golpeaban a los judíos como miembros de una ‘raza’, independientemente de que fuesen arreligiosos o cristianos bautizados. Los antisionistas liberales redescubrieron las virtudes de la comunidad, urgiendo a los judíos a no emigrar: ‘¡cumplid nuestro deber aquí!’. Los ortodoxos escribieron a Hitler destacando su historial de patriotismo y solicitando ‘espacio vital dentro del espacio vital de la nación alemana’” (Burleigh 2004: 506).

Oppermann, escrita por Lion Feuchtwanger (1884-1958) justamente en el año 1933, lo que señala a esta obra como una de las premoniciones más escalofriantes referidas al destino de los judíos alemanes y europeos. Feuchtwanger experimentó en sus propias carnes el antisemitismo del Estado nacionalsocialista: judío burgués de Múnich y ex veterano de la Primera Guerra Mundial, se convirtió en un antimilitarista convencido con tendencias izquierdistas, lo que le granjeó tempranamente la antipatía de los nazis; estos, una vez en el poder, tacharon al autor (ya conocido en los círculos intelectuales)¹⁴ de “enemigo número uno del Estado”, a lo que siguió la quema simbólica de sus libros, el allanamiento de su casa y el retiro de su ciudadanía alemana. Feuchtwanger escribió *Los hermanos Oppermann* durante su exilio en Francia¹⁵ como el segundo volumen de la trilogía *Wartesaal (Sala de Espera)*;¹⁶ no obstante, la obra que estudiamos se destaca por el abordaje preclaro de la vocación totalitaria del nazismo y de la propia sociedad alemana.

***Los hermanos Oppermann* y el arribo de los bárbaros**

Los hermanos Oppermann plantea el conflicto que se desató en el seno de la comunidad judía alemana (particularmente la berlinesa) ante las inequívocas señales de persecución que iba generando el ascenso del nazismo. La novela enfoca dicho conflicto en los Oppermann, una familia judeo-burguesa cuyos miembros ven reducidos día a día sus derechos jurídicos y morales por un Estado que ya no los reconoce como alemanes, aunque provengan de una tradición familiar de plena asimilación. Así, los cuatro hermanos, Gustav (adinerado y amante del arte), Martin (cerebro comercial de la respetable casa “Muebles Oppermann”), Edgar (eminente médico de la capital) y Klara (esposa de un adinerado judío estadounidense) sucumben ante el desmoronamiento de su mundo debido al objetivo nacionalsocialista de imponer violentamente un modelo socio-racial hegemónico; en tal sentido, la novela plantea el conflicto entre la identidad razonablemente espontánea de cualquier alemán judío y la identidad *construida* por los nazis, basada en una falaz noción de *originalidad* étnica.

Los hermanos Oppermann se inicia en noviembre de 1932, cuando el nazismo ha sufrido un inesperado revés electoral producto de su excesiva violencia política, perdiendo con ello más de dos millones de votos respecto a las elecciones del julio anterior. En ese punto, todo el país – incluyendo los propios *populares*, como se les llamaba– esperaba que el Partido Nacionalsocialista de los Trabajadores Alemanes entrara en barrena. Este contexto refuerza la confianza de la muy asimilada familia Oppermann en los elevados valores cívicos que, según ellos, distinguían al

¹⁴ Feuchtwanger era conocido en los círculos literarios alemanes por novelas como *La duquesa fea* (1923), *La guerra de los judíos* (1932) y sobre todo por *El judío Süß* (1925), novela histórica que narra cómo el judío Süß Oppenheimer se convierte en el principal consejero del duque Carlos Alejandro de Wurtemberg, a quien ayuda a consolidar su poder mediante la intriga y la corrupción. Paradójicamente, esta obra fue “tomada” por los nazis para producir un largometraje ficcional de propaganda con el mismo título. Esta película pretendía exponer la supuesta intrínseca decadencia moral de los judíos, en especial cuando se encuentran cerca del poder.

¹⁵ Feuchtwanger se encontraba en Washington dictando conferencias al momento de su persecución en 1933; no volvería a Alemania: se exilió en Francia entre 1933 y 1940 y, posteriormente, en los EEUU (1941), a donde llegó después de una rocambolesca huida desde varios campos de detención franceses y cruzando España y Portugal.

¹⁶ *Éxito; tres años de historia de una provincia* (1930), la primera novela de la trilogía, plantea cómo la naturaleza violenta y oportunista del nacionalsocialismo impulsa su ascenso y también provoca su propia caída; por su parte, *Exilio* (1940) trata sobre la forzada emigración de judíos alemanes hacia Francia y su situación en el exilio.

gentilicio alemán; ellos asumían que los nazis habían fracasado en su intento por estereotipar ridículamente la germanidad, al deformar rasgos idiosincráticos como el valor, la pureza de sangre, el amor a la guerra, el sentido comunal-tribal o la obediencia irrestricta a la autoridad. En oposición, los Oppermann creían en el triunfo de una germanidad liberal y cosmopolita, sintetizada en el avatar europeísta del gran Goethe; de hecho, como personajes, los tres hermanos representan esa clase de desarrollo: Gustav es un hombre de letras, Martin un avezado empresario y Edgar un eminente médico; así, arte, comercio y ciencia establecen el hito sociocultural de los judíos asimilados en Alemania, estatus que, hasta entonces, les había valido para reconocerse identitariamente como *alemanes*. Frente a la robustez de dicha identidad, piensa Edgar, nada puede hacer el falso perfil-constructo perpetrado por los nazis para iniciar una cacería en la que el evolucionado pueblo alemán no está dispuesto a participar.

En 1932, Gustav Oppermann cumple cincuenta años sintiéndose pleno: pertenece a la élite cultural del Berlín cosmopolita, está escribiendo una exhaustiva biografía de Lessing y, por si fuera poco, mantiene un romance sin ataduras con la joven escritora Sybil. Pese al amenazante barbarismo de los *populares*, Gustav se siente amparado en una larga tradición familiar de asimilación patriótica, demostrada en el servicio propio y de sus hermanos en la Primera Guerra Mundial. Gustav observa el egregio retrato de su abuelo Inmanuel Oppermann, industrial de prestigio entre hebreos y *gentiles*, y le parece inimaginable el perder su estatus de *alemán*; desde su visión, los Oppermann *son* más alemanes que cualquier nazi analfabeto. Pero Gustav comete un error de principio: concibe al *alemán* únicamente como un sujeto moderno, inexorablemente fundido con el cosmopolitismo europeísta, del que Alemania se ha impregnado desde el final de la Edad Media; Gustav cree en un espíritu alemán plural, interracial y civilizado que todo lo dirime mediante las ideas humanistas y científicas. Piensa que el antisemitismo ha existido siempre como una fiebre que acaba mermando hasta desaparecer, y que los nazis representan tan solo un nuevo brote pasajero.¹⁷ No obstante, Gustav no conoce las oscuras latencias del populacho ni es capaz de ver, en los brotes de antisemitismo, el renacimiento de una Alemania oscurantista y fanática, cuyos peores rasgos no son simplemente estereotipos al uso. Gustav ha recibido advertencias de su círculo íntimo, como su cuñado Jaques Lavendel y su abogado Mühlheim, sobre la necesidad de tomarse en serio la amenaza *popular* y las bajas pasiones de las masas. A estas prevenciones, Gustav responde con desdén: la robustez de la civilidad alemana podrá con la barbarie y la derrotará. Incluso cuando, para sorpresa de todos, Hitler es nombrado canciller de Alemania en enero de 1933, Gustav prefiere creer que el Pequeño Cabo ha logrado esa posición gracias a quienes lo van a utilizar como marioneta política. Piensa que los nazis no cumplirán su programa antisemita porque *no pueden* violar los derechos civiles que han dado forma a la sociedad alemana. Toda esta confianza lo llevará a cometer un error fatal: firma un manifiesto de intelectuales condenando la barbarie nazi. Esta acción, en apariencia simbólica y vanidosa, marcará un punto de inflexión con respecto a su posicionamiento social, moral e identitario dentro del nuevo orden social.

¹⁷ Respecto al “optimismo” de algunos judíos, Burleigh explica: “los optimistas pensaban que ya se estabilizarían las cosas y que Hitler estaba destinado al basurero de la historia [...]. También podía engañarse uno pensando que aún prevalecerían las normas constitucionales, que aún estaba uno viviendo en el *Rechtsstaat* [Estado de derecho] que los judíos habían ayudado en tiempos a crear, o que la violencia nazi era producto de individuos malignos. Había también una tendencia humana natural a creer en una disparidad entre retórica y política o según rezaba el dicho: ‘es peor el ladrillo que la mordedura’ (Burleigh 2004: 506).

Por su parte, Martin Oppermann es quien está a cargo de la empresa familiar: “Muebles Oppermann”. El nombre y el logotipo de la compañía con la efigie del abuelo Inmanuel expresa un claro orgullo por la identidad del clan: alemanes judíos prósperos y arraigados. Sin embargo, y a pesar de haber guiado con tino la gran mueblería, Martín entiende que los tiempos son otros; el antisemitismo *popular* dañó el negocio debido a la difusión de la insidia según la cual los Oppermann se han enriquecido vendiéndoles a los alemanes muebles más baratos fabricados en serie, corrompiendo así el antiguo espíritu de pureza artesanal que siempre distinguió a la manufactura del país (idea emparentada con la de pureza racial). Su principal competidor, Heinrich Wels, piensa que esa es la clase de “conspiración” propia del corruptor judío: mientras él debe vender los muebles más caros debido a su manufactura artesanal, los Oppermann venden más barato porque no tienen escrúpulos en ofrecer muebles estandarizados. Esta aplicación de la ética antisemita a los negocios es ya una tendencia creciente dentro de la sociedad berlinesa, lo que hace pensar a Martin en la conveniencia de cambiarle el nombre “Muebles Oppermann” por el de “Alemana de Fábricas de Muebles”, pese a la opinión contraria de Gustav. Esto significaría el tránsito desde una identidad diáfana y singular –la de una familia alemana judía que se ha dedicado a un oficio– hacia una denominación colectivista, impersonal y forzosamente nacionalista, acorde con la tendencia *popular* de la sociedad. Con el encumbramiento de Hitler, Martin se ve obligado a efectuar el cambio de nombre, y peor aún: debe acceder a “compartir” su empresa con Wels, quien sirviéndose de las leyes que prohíben a los judíos ser dueños y beneficiarios totales de una compañía o actividad económica, fuerza una paulatina reducción de “Muebles Oppermann”.¹⁸ Así, Martin comprende claramente que los judíos, sin distinción alguna entre ellos, no tendrán futuro alguno en Alemania; particularmente ellos, los Oppermann, se enfrentan a la terrible ironía de verse degradados a simples *judíos* cuando, en realidad, siempre se han sentido *alemanes* por encima de todo. La destrucción de la identidad a través del negocio familiar se completa con la reunión que mantienen un envalentonado Wels –vestido de uniforme pardo nazi– y un meditabundo Martin; allí, Wels se permite decir claramente sus intenciones: “el nombre Oppermann y todo lo que recuerde a él, debe desaparecer”. Ante esto, Martin solicita con dignidad conservar la casa matriz (la semilla original) con el nombre “Oppermann”, a lo que Wels accede advirtiéndole que eso será por poco tiempo, pues “ahora el mundo ha recuperado su equilibrio” (Feuchtwanger 2005: 203-205). La amenaza era cosa seria: durante el boicot nazi a los negocios judíos del 1 de abril de 1933,¹⁹ Martin no acepta despedir a cuatro empleados judíos; el embalador Hinkel lo denuncia y

¹⁸ Acerca de la destrucción de la actividad comercial judía, Burleigh comenta que “entre los métodos utilizados para cerrar un negocio o para efectuar un cambio de propiedad [judía] figuraban los boicots de la SA; la privación de servicios de crédito, de contratos oficiales o de un puesto en una feria comercial; presión indirecta agobiante de organismos fiscales o de moneda extranjera, o de salud, higiene, trabajo o incluso de la Gestapo; así como tentativas de sobornar al personal o insinuaciones a compradores y suministradores de que deberían cambiar de cliente [...]. Asesores económicos de distrito [...] controlaban los negocios judíos y establecían una sigilosa supervisión sobre los que se hacían cargo de ellos. Al localizarse un hueco en el mercado, se creó un estrato parasitario de asesores, liquidadores, intermediarios y fideicomisarios que se especializaron en identificar, cerrar, absorber o desvalijar los negocios judíos. Evidentemente, los hombres de negocios alemanes estaban al tanto para absorber a sus competidores judíos, a menudo a precio de saldo” (Burleigh 2004: 545-7).

¹⁹ La novela recoge este suceso histórico, cuyo trasfondo explica Engel: “En marzo de 1933, antes de que comenzaran las negociaciones que culminaron con la *Haavara* [acuerdo entre la Federación Sionista de Alemania y el gobierno nazi para facilitar la emigración hebrea], los judíos de varios países adoptaron una posición radicalmente distinta ante la amenaza de persecución que se cernía sobre sus correligionarios alemanes: organizaron un boicot a los productos alemanes con la esperanza de frustrar los esfuerzos del gobierno por superar los problemas económicos de

Martin resulta encarcelado, obligado a realizar ejercicios forzados y a firmar los inmorales despidos. Su vida en Alemania ha concluido: su hijo Berthold se ha suicidado y “Muebles Oppermann” le ha sido arrebatada por los bárbaros.

El tercer hermano Oppermann, Edgar, eminente laringólogo, ha desarrollado un revolucionario tratamiento reconocido internacionalmente que acredita su nombre como ejemplo del desarrollo científico alemán. No obstante, desde hace unos meses, Edgar y su método se han visto atacados por infamantes artículos de prensa pronazi que recurren a la estrategia del estereotipo: lo presentan como el malvado nigromante judío medieval que emplea cuerpos cristianos para aberrantes experimentos y conjuros. Esto resulta dolorosamente irónico para Edgar, pues nunca se percibió como un *judío* e, incluso, va más allá: ni siquiera le importa *ser* alemán; él se aprecia como un *científico*, educado para crear soluciones y métodos en un área del conocimiento médico; de allí que su lema sea “ratio, ratio”. La absurdidad de dicha campaña difamatoria produce dos reacciones encontradas. Por una parte, la fiel asistente de Edgar, Helene, le pide con vehemencia que demande a esos sucios pasquines; por otra, el director del hospital, Dr. Lorenz, le dice que “lo mejor es ignorar la política”, porque resulta difícil luchar contra el nazismo (Feuchtwanger 2005: 95). Finalmente, Edgar es acusado por las autoridades nazis de practicar “crímenes rituales” contra arios indefensos, dando ocasión a un nuevo episodio de la alianza entre el orden recién instaurado y la vieja élite (en este caso, científica): la mayoría de la comunidad médica acepta y difunde las acusaciones contra Edgar y pide de manera sibilina que este sea llamado a capítulo para preservar la integridad de los pacientes arios. De fondo, todo lo mueve la ambición de los médicos menos prestigiosos por acceder a las elevadas posiciones profesionales de sus colegas más aventajados –en este caso, Edgar Oppermann–, para lo cual no tienen escrúpulos en boicotearlos o denunciarlos.²⁰ El engranaje del nuevo orden ha echado a andar y alcanza a

Alemania y fomentar así la oposición interna al régimen nazi. Los funcionarios nazis temían que el boicot pudiera afectar gravemente a la economía y resolvieron luchar contra él: el 25 de marzo de 1933, el ministro del interior, Hermann Goering, ordenó a los dirigentes judíos que informarán a sus pares de Gran Bretaña y Estados Unidos que, si el boicot continuaba o se producía cualquier otra agitación antinazi, habría represalias contra los judíos alemanes. De hecho, el boicot contra los judíos del primero de abril de 1933 fue presentado como una represalia contra el boicot contra Alemania en el extranjero. Los dirigentes de la comunidad judía alemana transmitieron el mensaje y rogaron que el boicot terminara. No obstante, durante varios meses, el movimiento a favor del boicot siguió ganando fuerza entre los judíos del mundo” (Engel 2006: 67).

²⁰ Con respecto a la situación de los médicos judíos hacia el año 1933, Burleigh comenta que “a los médicos judíos se les fue impidiendo gradualmente a trabajar en hospitales públicos como en centros de enseñanza y en instituciones de beneficencia y auxilio social. A principios de 1934, habían sido despedidos dos mil seiscientos médicos judíos. En Múnich, Karl Fiehler [alcalde de Múnich desde 1933 hasta 1934] redujo el ámbito de trabajo de los patólogos judíos al examen de cadáveres de judíos. Los médicos no judíos no tenían reparos en destruir a competidores profesionales mediante estratagemas como la de utilizar la presencia de jurados judíos en concursos de belleza como argumento para impedir a los judíos ejercer como ginecólogos. Las medidas contra los médicos no tardaron en aplicarse a los dentistas, que se vieron sometidos a las tácticas calumniosas del *Stürmer* [principal periódico antisemita] (que incluían fotografías de instrumental y equipo sucios y consultorios míseros) y fueron excluidos de las compañías de seguros. Uno de ellos, el profesor Heinz Moral de Rostock, autor del manual de diagnóstico dental más sobresaliente de Alemania, se suicidó después de que le expulsan de su puesto en la universidad. En una carta al decano de la Facultad, decía: ‘soy judío y nunca lo he ocultado, pero mi mentalidad es por entero alemana y siempre he estado orgulloso de ser un alemán de religión judía. Me niego a cambiar de religión por razones externas. Pero sólo porque soy judío, se me expulsa de mi puesto. No puedo soportar esto, porque he puesto siempre el corazón en el trabajo y no he hecho nada que transgrediera mi juramento ni mi deber. Por tanto, voy voluntariamente, no a reemprender mi trabajo en otra parte,

Edgar, quien se ve abocado al despido gracias a un motín de sus pacientes inducido por la propaganda antisemita, mientras el Dr. Lorenz no puede ayudarlo porque tiene sobre sí la amenaza nazi de retirar los fondos para la investigación. Por otra parte, una demanda contra los difamadores tampoco se presenta como opción, pues como le explica el abogado familiar Mühlheim, “ningún tribunal admitirá la demanda civil de un judío” (Feuchtwanger 2005: 180). Así, la carrera científica de Edgar queda truncada en Alemania al ser reducido a la condición de *judío*, que nunca lo definió ética o profesionalmente.

Hay en la novela otro ejemplo de judío asimilado a merced del antisemitismo nazi: se trata de Markus Wolfsohn, vendedor de “Muebles Oppermann”, un hebreo no practicante para quien todo su mundo se circunscribe a la estabilidad de un buen empleo y a los pequeños placeres que proporciona el vecindario donde vive. Wolfsohn representa el prototipo del pequeñoburgués: ahorrador, tacaño y conformista que evita meterse en asuntos que escapen a su vida, como por ejemplo la política. Aunque ha presenciado el hostigamiento nazi a los judíos, lo considera una situación pasajera que, de tanto en tanto, ocurre sin mayores consecuencias. Piensa que los nazis no pueden avanzar más, pues la sociedad, al igual que él, no desea otra cosa que estabilidad, ahorro y rutina; por ello, rechaza las advertencias de judíos pesimistas como su cuñado Moritz Ehrenreich, quien ha decidido emigrar a Palestina debido al rampante antisemitismo de Berlín. Wolfsohn considera exageradas estas actitudes de los hebreos *tradicionalistas*, cuyas costumbres –también suyas por herencia– mira con desdén: él *es*, ante todo, un alemán y un berlinés; en su ciudad está toda la felicidad que necesita y no en una lejana tierra que poca o ninguna relación guarda con él.²¹ No obstante, Wolfsohn presiente que el antisemitismo está en todas partes, por ejemplo en el apartamento de al lado, donde vive el nazi Zarnke, quien no desaprovecha oportunidad para hostigarlo. Luego, con el ascenso de Hitler al poder, Wolfsohn comienza a sentirse asfixiado por una creciente e insostenible hostilidad: ya no se le trata bien en su círculo social *gentil*, Zarnke vocifera sin ambages proclamas antisemitas para que él las escuche y sus vecinos le esquivan mirada y trato. Al marcharse su cuñado a Palestina, Wolfsohn deja de tener tanta confianza en sus argumentos para quedarse. ¿Realmente sigue siendo un *alemán*? ¿Es Berlín su hogar? ¿A quién o quiénes ha ofendido? De pronto, se ha convertido en enemigo de la nación simplemente por ser judío, algo que escapa a su responsabilidad y ni siquiera se encuentra dentro de sus preferencias. Despedido forzosamente de “Alemana de Fábricas del Mueble” y de su club social “Los Arenques Feos”, la situación de Wolfsohn se agrava con el incendio del *Reichstag* y su encarcelamiento como sospechoso merced a una denuncia de Zarnke. Cuando Wolfsohn es liberado, todo le resulta muy claro: debe marcharse de una Alemania que ya no lo reconoce como hijo. Preparada

sino más bien a donde hay paz y tranquilidad, la tranquilidad que ciertos individuos no me han permitido porque creen que un judío es un ser menos valioso” (Burleigh 2004: 501-2).

²¹ Sobre el costo moral y económico de emigrar a Palestina, David Engel expone: “emigrar implicaba el dolor de dejar atrás la familia, los amigos y el ámbito cotidiano por el cual los judíos alemanes sentían enorme cariño. También significaba inseguridad económica. Los que emigraban llegaban a menudo al lugar de destino sin medios para sustentarse y carecían de competencias concretas que pudieran aplicarse fácilmente al nuevo entorno. Como buena parte del mundo sufría aún los coletazos de la depresión, no abundaba el trabajo. Los emigrantes que no podían ejercer su profesión y mantenerse perdían, además, su posición social, de modo que su identidad también se veía afectada. A causa de todas esas dificultades, a principios de 1935 volvieron a Alemania unos 10.000 judíos que habían partido de allí en los primeros meses posteriores a la llegada de los nazis al poder: sólo la amenaza gubernamental de encerrar a los que volvían en campos de concentración puso fin a esa corriente migratoria inversa” (Engel 2006: 61-2).

concienzudamente, su marcha a Palestina representa para él la búsqueda de una nueva identidad – la de judío– a la que siempre se sintió ajeno.

Una sionista en la familia

Hija de Edgar Oppermann, Ruth representa en la novela al componente sionista de los judíos alemanes.²² Para ella, los judíos solo están de paso en Europa –algo que los *gentiles* les recuerdan permanentemente– y solo Palestina constituye un verdadero hogar. Inteligente, polemista, terca, solo interesada en la política y la medicina, el personaje de Ruth homenaja al judaísmo más autoafirmado en su identidad frente al inhóspito mundo cristiano; ella manifiesta con énfasis que la asimilación representa una derrota autoinfligida del pueblo hebreo al renunciar a sus valores por un poco de aceptación *gentil*. Su madre parece descifrarla: se parece a su padre y, algún día, también será alguien muy importante; “es muy distinta de las muchachas que le rodean. [...]. Es sionista, ya habla pasablemente hebreo. Estudiará, en Berlín, en Londres, en Jerusalén, y se establecerá como médica en Palestina” (Feuchtwanger 2005: 52. Traducción ligeramente corregida). Ruth se distingue de las “muchachas que le rodean” en que estas, hijas de una burguesía judía privilegiada hasta 1933 y relacionadas naturalmente con sus pares cristianas, no sienten ninguna inclinación o necesidad de indagar su identidad en el sionismo; para ellas, en su mayoría practicantes de un judaísmo cómodo socialmente tanto para sí mismas como para la sociedad *gentil*, resulta imposible concebir un hogar fuera de Alemania. Por el contrario, Palestina se muestra venerable en el horizonte como un lugar ancestral y bíblico, pero no como un hogar.

Por su parte, Edgar contempla a su hija con benevolencia y se burla jovialmente de su sionismo, aunque le parece bien que en la familia Oppermann también exista ese matiz. “Si no fuera por su vehemencia, por su urgencia, faltaría algo esencial. Su fanatismo la vuelve hermosa. Es lo bastante joven como para poder permitirle extravagancias” (Feuchtwanger 2005: 52). Implícitamente, Gustav reconoce en esta actitud hacia su hija la declinación del judaísmo Oppermann, algo que, si bien no le causa pesar debido a su laicismo científicista, sí le plantea un cierto sentimiento de desarraigo que acabará padeciendo cuando su carrera y reputación sean pisoteadas por quienes lo confinarán a la simple condición de *judío*. Para Ruth, en cambio, no resultaría sorpresivo el curso de los acontecimientos a partir de 1933, al reconocer el débil flanco que representa la ausencia de sentido identitario; así, en un pasaje de la novela, durante el

²² A propósito del retorno al judaísmo de muchos hebreos alemanes asimilados, Engel explica que “el ‘retorno al judaísmo’ entre los judíos alemanes entraña, en muchos casos, una identificación creciente con el sionismo e interés por la posibilidad de radicarse definitivamente en Palestina. De hecho, casi el 30 % de los judíos alemanes que partieron de Alemania en el período 1933-1935 se trasladaron a ese país, muchos de ellos porque habían recuperado la conciencia étnica y las convicciones nacionalistas”, y agrega: “aunque antes de 1933 el sionismo no había logrado atraer más que a una pequeña minoría de los judíos alemanes y la mayor parte de sus dirigentes habían contemplado su mensaje nacionalista como algo adverso a la idea de emancipación, después del ascenso al poder de los nazis, los sionistas pasaron a formar parte de la *Reichsvertretung* [representación étnica del Reich]. Incluso la organización judía más numerosa de Alemania, que durante mucho tiempo había sostenido que los judíos constituían exclusivamente un grupo religioso, reconoció que ‘Palestina ocupa un lugar de privilegio entre los países de inmigración’ y que ‘constituye un factor esencial para la supervivencia (de los judíos)’. Esa evolución de las distintas actitudes terminó por compensar la reticencia de los dirigentes que no eran sionistas ante la emigración” (2006: 65).

Hanukkah, Ruth se burla del tío Jaques Lavendel por exhibir su judaísmo solo en fechas señaladas, mientras que, a su vez, su tío Jaques se mofa de Ruth por su vehemente afirmación de que “solo la cohesión política podría dar perdurabilidad al judaísmo” (Feuchtwanger 2005: 119). Finalmente, Ruth Oppermann se marcha a Palestina para estudiar y practicar la medicina. La persecución nazi a los judíos, lejos de sorprenderle, le parece tan solo una reedición del karma generado por el desarraigo y la desunión hebreos; ella se va buscando reencontrarse con la identidad que, supone, aguarda a todo judío en Palestina.

Martirologio 1: Berthold Oppermann

El hijo de Martín es un adolescente inteligente, excelente estudiante en materias humanísticas y un cultor de la razón, tendencia que promueve con celo el progresista e ilustrado director de su colegio, el Dr. François. Aconfesional y apolítico, el colegio “Reina Luisa” no tiene en cuenta el origen étnico o social de estudiantes o profesores, sino el rendimiento académico a través del esfuerzo individual. Por ello, este recinto se ha mantenido bastante al margen de la atmósfera politizada de la sociedad alemana que, para 1932, se ha vuelto asfixiante.

Berthold se considera *alemán* antes que *judío*. Sin embargo, y al igual que su tío Gustav, su germanidad se vincula no con el nacionalismo militarista o las abundantes asociaciones estudiantiles promotoras del patriotismo germánico, sino con los valores más elevados de la cultura, representados por figuras como Goethe, Schiller, Lessing o Heine, símbolos de iluminación moral e intelectual que le dieron forma a la Alemania con la cual se identifica Berthold. No obstante, el fanático nacionalismo nazi pretende imponer la identificación con la Germania de los nibelungos, Arminio o los Hohenstaufen, referentes de la nobleza, la astucia y la grandeza de la raza aria.²³ Así, para 1932, se encuentran en pugna dos maneras de entender *lo alemán* y, lamentablemente, el triunfo de una sobre otra solo podrá dirimirse por la fuerza. Esto ocurre en el Colegio “Reina Luisa” con la llegada del maestro *popular* Bernd Vogelsang, quien cree ciegamente en el genio de Hitler para guiar a Alemania hasta la gloria y no duda en adoctrinar a los estudiantes en la Verdad Revelada del credo nacionalsocialista. Amante de la disciplina, del discurso hablado en detrimento del escrito, del patriotismo más escandaloso y el maniqueísmo moral que de este resulta, el nuevo maestro se adentra en el “Reina Luisa” como en territorio infiel, sabedor de que su nuevo lugar de trabajo constituye una madriguera de liberales y cosmopolitas judíos enemigos de la Patria. Por ello, Vogelsang se ha impuesto el deber evangelizador del misionero: educar a propios y extraños en los fundamentos ideológicos de la auténtica Revolución Alemana. Para lograrlo, se propone emplear la literatura más radicalmente nacionalista y exaltar personajes históricos que ilustran los principios *populares*, al tiempo que recluta a los muchachos más violentos y mediocres para formar una agrupación juvenil militarista denominada “Águilas Negras” y hostiga a alumnos judíos y liberales como Berthold Oppermann.

Desde el primer momento, Vogelsang detecta en Berthold al enemigo y emprende contra él una cacería que va *in crescendo*. Todo se inicia con la exposición de tema libre que el fallecido

²³ Para una acusación sobre la manipulación de la leyenda de los nibelungos en favor del antisemitismo nazi, se recomienda revisar los artículos de Joseph Roth “El anillo de los nibelungos” y “Los judíos y los nibelungos”, ambos publicados originalmente en 1934.

maestro Henzius había asignado con anterioridad; Berthold había escogido desarrollar “Humanismo y siglo XX”, lo que disgustó a Vogelsang, quien le “sugiere” cambiarlo por “La importancia histórica de Hermann el Querusco”.²⁴ Con las distancias temporales e ideológicas entre ambos temas, Feuchtwanger desliza el fondo del conflicto: la convicción humanista y contemporánea de la burguesía judía asimilada *versus* el irracionalismo ahistórico del nacionalsocialismo. Berthold se esfuerza por hacer una investigación exhaustiva y preparar una exposición ecuánime, basada en normas y fundamentos racionalistas con los que se podrían valorar los pros y contras de la figura de Hermann; no obstante, Vogelsang se aprovecha de esta búsqueda de objetividad para etiquetar a Berthold de “mal alemán” por no exaltar con emoción las figuras gloriosas del pasado germánico; a esto, Berthold replica que él se considera un “buen alemán”, encontrándose con la tajante respuesta de Vogelsang: “deje que otros decidan quién es un buen alemán y quién no”²⁵ (Feuchtwanger 2005: 105). Esto expone con nitidez el objetivo de vincular el *ser alemán* con *ser nazí*: todo aquel que no se identifique con los signos y valores del nacionalsocialismo, se autoexcluye de la comunidad nacional, pasando de inmediato a ser un *falso alemán*. Vogelsang le exige a Berthold que se disculpe públicamente, extendiéndole para ello el plazo de unos días; además, acusa al estudiante ante el director François, quien infructuosamente trata de interceder por el brillante Oppermann (uno de sus favoritos). Pero Vogelsang no piensa ceder: o disculpa o reprobación. La cacería se ha iniciado.

Aquí empieza el martirio de Berthold Oppermann. Mantenerse en su posición le acarrearía una mancha en su expediente escolar, verdadero problema para un aspirante al ingreso en el exigente sistema universitario alemán; por el contrario, disculparse lo salvaría pragmáticamente, pero significaría renegar de todo lo que cree con respecto a sí mismo y a su familia: que son unos alemanes ejemplares y, por cosas de la vida, también judíos. Entonces Berthold, confuso, acude al ámbito de amigos y familiares para pedirles opinión. En realidad, el joven busca a alguien que lo reafirme en su posición de no ceder ante la coacción de Vogelsang, pues cree que también hay orgullo y dignidad entre quienes lo conocen y han criado... pero se equivoca. A su alrededor halla un entorno asustado por la llegada al poder de Hitler y la escalada de hostigamiento antisemita. El clima social y político se ha vuelto tóxico para ellos, y la nueva consigna es “supervivencia”. Ahora, ya no basta el satisfactorio lugar alcanzado en un ominoso mundo de *gentiles*, sino que también se hace necesario lidiar con la Bestia Parda que pretende reducirlos a la mínima expresión. Berthold pide consejo al director François, quien le sugiere que se disculpe para solventar su situación y garantizar la permanencia del director en sus funciones, pues la supremacía nazi también ha encumbrado a Vogelsang; por su parte, Martin le explica a su hijo que, disculpándose, evitará

²⁴ Arminio (español), Arminius (latín) o Hermann (alemán) (16 o 17 a. C.-21 d. C.) fue un caudillo germano, famoso por derrotar a las tropas romanas del general Publio Quintilio Varo en la batalla del bosque de Teutoburgo (Baja Sajonia) el año 9 d.C. Hermann intentó toda su vida unir a las diferentes tribus germánicas contra el orden imperial romano para formar un territorio exclusivamente germano, de allí que los nazis lo hayan adoptado como un avatar histórico que ilustra la unión de la sangre (*raza*) y el suelo (territorio) (*Blut und Boden*).

²⁵ Con respecto a la discriminación de los niños judíos, Burleigh afirma que estos “se convirtieron en ‘no personas’ en la escuela, obligados a soportar diatribas antisemitas insultantes de sus maestros, o a ser estigmatizados públicamente como judíos” (Burleigh 2004: 529). Por su parte, Engel reproduce el testimonio de Marta Appel, una madre judeo-alemana, sobre aquellos primeros tiempos de nazismo: “para los niños judíos, casi todas las clases se convirtieron en una tortura. No había asignatura que no se utilizara para sacar a relucir la cuestión judía. En presencia de los niños judíos, los maestros acusaban a todos los judíos, sin excepción alguna, de ser una fuerza destructiva para el país en el que vivían” (Engel 2006: 126).

indeseables trabas académicas, y sentencia: “a veces, la dignidad puede estar de más” (Feuchtwanger 2005: 201); el tío Ranzow, *gentil* (hermano de su madre), le recomienda que se disculpe para no ser hostigado, mientras que su cercano primo Heinrich Lavendel quiere convencerlo de excusarse, afirmando que “en el siglo XX, se llega más lejos con la razón que con la decencia” (Feuchtwanger 2005: 209). Por su parte, Ruth lo insta a marcharse hacia Palestina y cambiarse su nombre por “Baruch”, a lo que Berthold responde que él es alemán y quiere vivir en Alemania. Todo este panorama de incompreensión hace estallar al joven contra su entorno, llevándolo a preguntarse si él es “una basura” por defender lo que cree; él, que se siente más alemán que cualquiera, corre el riesgo de ser catalogado como un “mal alemán” por afirmarse en los valores civilizados y humanistas que la propia Alemania ha promovido, cuando no engendrado. Esta tensión en su interior es la misma que vive la propia nación alemana, la cual se debate entre el atavismo y el desarrollo. Finalmente, y después de una aciaga noche de sufrimiento, Berthold Oppermann apela a la salida honorable que todo patricio romano contemplaba frente a un conflicto sin solución satisfactoria. Su suicidio representa un triunfo frente a la intolerancia nazi y una lección para la cobarde mediocridad de su entorno familiar.²⁶

Martirologio 2: Gustav Oppermann

Aún incrédulo y atónito, Gustav llega exiliado a Suiza. Su comprensión de la nueva realidad alemana, todavía precaria, lo va llevando a un proceso de reflexión acerca de sí mismo y lo que representa su vida no en términos materiales concretos, sino como militante de una perspectiva humanista opuesta al supremacismo cruel y violento del nazismo. Ahora, Gustav se reprocha su ciego menosprecio hacia la feroz voluntad *popular* y su ausencia de verdadera *causa*, pues aunque su liberalismo es real y profundo, ha estado dotado de excesiva confianza en abstracciones seculares que, a menudo, tienen escasa conexión con los resortes impulsores de una sociedad. Sí, creía realmente en el humanismo, pero ¿era capaz de luchar y, aún, morir por él? Si él se encontraba del lado de la Verdad, ¿era capaz de defenderla hasta las últimas consecuencias? Su amigo, el profesor Johannes Cohen, se negó a abandonar su cátedra universitaria hasta que fue arrestado y torturado, ¿él sería capaz de un sacrificio y una entereza semejantes? Ya se lo habían dicho antes: “usted, Gustav, es un contemplativo, y por eso tiene principios; los nazis, en cambio, son gente de acción, por lo que carecen de moral”. Antes, Gustav se había vanagloriado de esa sentencia; ahora, empezaba a aborrecerla.

En Suiza, Gustav habla con cuatro personas. La primera es su amigo Klaus Frischlin, quien se trasladó desde Berlín para hablarle de la situación en Alemania: cómo su casa había sido allanada y

²⁶ El suicidio del personaje Berthold Oppermann se basa en hechos documentados en Alemania durante los primeros años del régimen nazi; María Zelzer recoge uno de ellos: el del joven Fritz Rosenfelder, de Stuttgart, quien se quitó la vida el 5 de abril de 1933. Su nota de suicidio dice: “¡He aquí mi despedida! ¡Un judío alemán no puede soportar la vida sabiendo que el movimiento al cual la Alemania nacionalista contempla como su salvación lo considera un traidor a la patria! Me voy sin odio ni resentimiento [...] pero, como no veo manera alguna a mi alcance para emprender las acciones que considero convenientes, poniendo fin voluntariamente a mi vida intento conmovier a mis amigos cristianos. Este paso que doy ahora les mostrará el cariz que tienen las cosas para nosotros, los judíos alemanes. ¡Habría preferido tanto más dar la vida por la patria! No se entristezcan; traten de esclarecer a la gente y contribuir al triunfo de la verdad” (Engel 2006: 126-7).

sus libros confiscados; de la “escalofriante organización burocrático-militar” que habían desarrollado los nazis y con la cual registran todos sus atropellos, al tiempo que obligan a los agraviados a firmar declaraciones negando los maltratos; de las ya habituales actas de defunción “por falla cardíaca” de los recluidos en campos de “reeducación”, en donde se les impone a los detenidos el aprendizaje obligatorio de *Mi lucha* seguido de torturas y extenuante gimnasia mientras cantan canciones *populares*; sobre las procesiones de “enemigos de la patria”, forzados a marchar repitiendo en letanía “somos cerdos marxistas. Somos perros judíos” o “yo, perro judío, he traicionado mi patria, he mancillado mujeres arias, he robado las arcas públicas”, todo ello en medio de la autocensura de los medios de comunicación y la inhibición de la sociedad, cada día más “feliz” y renuente a expresar opiniones políticas heterodoxas. Ante este panorama, Frischlin sentencia: “la era del liberalismo y el humanitarismo ha pasado” (Feuchtwanger 2005: 262-268). Posteriormente, Gustav se encuentra con el doctor en derecho Bilfinger, también exiliado, quien le comenta sobre el secuestro que los nazis habían hecho del poder judicial: con numerosos casos y ejemplos, le expone a Gustav la instauración de una nueva noción del derecho basada en principios “antropológicos y zoológicos”, que sustituían la legalidad jurídica y moral propia del Estado liberal; un nuevo marco jurídico, fundamentado en el axioma de que el alemán ario es “dueño por naturaleza” y, el resto, simplemente “súbdito”. Con esto, y en palabras de Bilfinger, los nazis “han roto la vara de medir del mundo civilizado” al instaurar “el sadismo organizado, el refinado sistema de humillaciones, el aplastamiento burocratizado de la dignidad humana” (Feuchtwanger 2005: 298-309). Después, Gustav se reúne con el industrial judeo-alemán Rudolf Weinberg, quien considera “exageradas” las historias que se cuentan sobre los abusos *populares* contra los hebreos, pues todo lo que sucede responde tan solo a un ajuste lógico, producto del cambio de orden político. Mediante ejemplos suministrados por Bilfinger, Gustav intenta demostrarle a Weinberg que la actitud de los nazis no es circunstancial, sino esencial: ellos responden a un credo y llevan sus principios a la práctica; a esto, Weinberg responde con incredulidad (la misma que tuvo Gustav hasta poco tiempo antes) y culpa de los excesos nazis a los propagandistas judíos fuera de Alemania.

Estas tres conversaciones hacen reflexionar a Gustav sobre sí mismo y su relación con los hechos; Alemania se ha vuelto el país de la mentira y el crimen encubierto y él, que conoce la verdad, empieza a sentir la necesidad de proclamarla a los cuatro vientos. Los relatos de Frischlin, los casos documentados de Bilfinger y, sobre todo, la cobarde incredulidad de Weinberg, le hacen sentirse comprometido con una causa concreta por primera vez en su vida. Ahora bien: ¿qué tiene de profeta él, Gustav Oppermann, un rico exiliado judío? ¿Puede darse el lujo de adoptar ese rol? Él quiere proclamar, demostrar, que la Alemania en la que cree existe, aún bajo la capa infesta de corrupción *popular*, piensa que, si no logra cambiar la situación política, al menos sí conseguirá fijar un testimonio, legar una prueba de esa verdad ahora soterrada. La frase de Töverlin, amigo suizo de su sobrino Heinrich, “en nuestra época, al menos, los ademanes de mártir son absurdos”, lo subleva. ¿Acaso la defensa de la Verdad es solo para los mártires? Esta duda se le despeja a Gustav cuando conoce a Georg Teibschitz, anarquista miembro de la resistencia antinazi que opera en Alemania. Entre ambos se genera una extraña empatía, pues Gustav ve en Teibschitz (exiliado en Suiza por estar cansado de su labor) el modelo de lo que él quisiera ser, y este, por su parte, ve en Gustav un ejemplo de metamorfosis moral, inútil en la práctica, pero valiosa como símbolo. Gustav necesita volver a Alemania, y para ello, le pide a Teibschitz que le ceda su pasaporte y matrícula de miembro de la resistencia, el “CII734”. Así ocurre, y Gustav emprende un peligroso

regreso a los dominios nazis para recabar testimonio sobre la verdad de la Alemania decente y civilizada, ahora sometida al yugo de los bárbaros.

Ya en territorio alemán, Gustav se encuentra con una sociedad silente, temerosa y reprimida. Todos conocen los abusos *populares*, pero nadie quiere problemas porque ha desaparecido todo vestigio de legalidad tal como se conocía. Viaja por diversas regiones del Sur en busca de testimonios que ilustren la barbarie, hasta que en un pequeño bar de trabajadores encuentra quejas auténticas contra los nazis; sin embargo, antes de salir del bar todos, incluido él mismo, son arrestados. Gustav estaba entre gente del pueblo hablando mal de la tiranía, pidiendo a gritos ser capturado para iniciar su purificación en nombre de todos aquellos fallecidos por “fallas cardíacas” en los campos de “reeducación”. Ya en el campo de concentración de Moosach (Baviera), Gustav encontró el escenario de su martirio: una granja de trabajos y gimnasia forzados, donde guardias embrutecidos “reeducaban” a abogados, médicos, escritores y profesores universitarios. Allí, Gustav lucha por racionalizar la extenuante actividad diaria pensando en la naturaleza de su situación; sin embargo, todo ha sido dispuesto para mellar la condición física y mental: entra en un laberinto de embotamiento al ritmo de marchas y eslóganes populares; ha dejado de ser el hombre elegante y mundano de antaño para convertirse en agente expiatorio de la verdad. Ni siquiera la visita de Sybil le despierta del letargo: él ya no es Gustav Oppermann, de Berlín, sino un ser que, finalmente, como todos los reclusos del campo, morirá de una “insuficiencia cardíaca”.

Al fallecer, Gustav deja dos documentos. El primero es una crónica muy objetiva del campo de Moosach; el segundo, una postal con la frase del *Talmud* (que constituye su “motivo” dentro de la novela): “Nos ha sido encargado trabajar en la tarea, pero no nos ha sido dado el terminarla.” Gustav sintió el llamado del deber, y a diferencia de quienes miraron hacia otro lado, negaron la realidad o, simplemente, se adaptaron, él asumió la responsabilidad de iniciar una tarea que sabía no podría terminar; buscó la verdad del *ser alemán* más allá de ese abyecto cliché impuesto por los nazis, combatiendo la barbarie con la razón y al fanatismo con el ejemplo cívico; decidió erigirse en cronista ante el peligro de que los demás se evadieran y dio un paso adelante por el rescate de su identidad alemana, ahora en poder de quienes habrían de ensuciar ese gentilicio para las décadas posteriores.

Epílogo

El arribo al poder en Alemania de una potencia altamente destructiva e inescrupulosa como la del nacionalsocialismo, tomó por sorpresa a quienes desde mucho tiempo atrás se habían convertido en el objetivo de sus iras y revanchismos. Los judíos alemanes, en su mayoría plenamente asimilados a la cultura europea y partícipes de sus avatares, triunfos y desventuras, no supieron comprender el alcance de la amenaza que se cernía sobre ellos. Incredulidad, miedo y exceso de confianza en los valores civilizatorios que ellos mismos habían ayudado a edificar, constituyeron los principales obstáculos para la comprensión de un furor antisemita que transitaría rápidamente del *pogromo* y la expulsión (nada nuevo en la historia del judaísmo europeo) al intento de aniquilación total. En tal sentido, la novela *Los hermanos Oppermann* intentó, no tanto denunciar el plan nazi -el cual el mundo y los propios alemanes prefirieron ignorar hasta hacerse insoslayable- sino, sobre todo, causar alarma sobre la desprevisión e inanidad de la comunidad hebrea

mayoritariamente asimilada a la cultura alemana pero carente de una *conciencia judía* que le permitiera enfrentar la persecución con la entereza que confiere la unidad cultural y social. Mediante el conflicto vivido por la familia Oppermann, el autor Lion Feuchtwanger propone que la excesiva devoción de los judíos alemanes hacia los valores civilizatorios de la que consideraban sin paliativos *su* nación, les causó un progresivo extrañamiento de esencialidad hebraica, lo que distorsionó no solo su sentido de autorreconocimiento identitario, sino también su capacidad para percibir las posibles visiones *gentiles* respecto a ellos; desde esta perspectiva, el autor sugiere que, detrás de una aparente aceptación por parte de la Europa cristiana, el *judío* siempre camina sobre un latente antisemitismo que suele desbordarse en momentos de crisis (cuando, una vez más, será despersonalizado, estereotipado y condenado); frente a esto, solo le vale a la comunidad hebrea el arma moral de su afirmación identitaria, basada en la tradición, la herencia y los signos de identificación. Aunque esta idea pudiera parecernos hoy día extrema o fundamentalista, quizá pudiéramos comprender mejor su sentido si la ubicamos en el contexto tormentoso de los años 1930-40; para ello, pueden resultar clarificadoras las palabras de Eva Reichmann, directora de la Asociación Central de Ciudadanos Alemanes de la Fe Judía, pronunciadas en 1934:

La gente está explorando las fronteras de su existencia en calidad de alemanes y de judíos, y muchos de ellos [...] sienten algo muy similar a esto: la era de la emancipación toca a su fin. Nuestra seguridad emocional se ha desmoronado. Tal vez [nuestra sensación de seguridad] nos hizo insensatos, nos dio demasiada confianza en nosotros mismos, nos transformó en seres satisfechos. Es verdad que la hostilidad hacia los judíos jamás desapareció, pero apenas dejábamos que nos afectase. Veíamos los acontecimientos históricos desde una perspectiva excesivamente unilateral para que creyéramos en catástrofes. No es fácil imaginar [...] que se restablezca la igualdad de los judíos alemanes tal como antes. Pero si no se restablece, viviremos excluidos para siempre de la nación que hicimos nuestra con devoción indescriptible y con respecto a la cual, dolorosamente, abrigamos hoy los mismos sentimientos. En este estado de desarraigo íntimo [...] nos queda aún un sostén interno: nuestro judaísmo. Mientras ascendíamos en la sociedad que nos rodeaba, descuidamos el judaísmo. ¿Cuál de nosotros conocía nuestros libros sagrados? ¿Quién conocía la historia judía? ¿Quién seguía observando nuestras hermosas, amables y antiguas costumbres? ¿Quién sentía su judaísmo, aun cuando supiera de él, como algo más que un destino irrevocable y manido? ¿Quién lo seguía sintiendo como [...] una fuerza creativa? Este sendero de recogimiento y contemplación interior, este sendero de retorno al judaísmo es [lo que] afirmamos y en él vemos una de las mayores bendiciones de nuestro tiempo (Engel 2006: 128).

ADOLFO JOSÉ CALERO ABADÍA es Magíster en Literatura Comparada por la Universidad Central de Venezuela y Doctorando en Humanidades en la misma universidad. Actualmente, es profesor Agregado en el Departamento de Literaturas Clásicas y Occidentales de la Escuela de Letras (UCV). Ha publicado diversos artículos de investigación literaria, tales como “Drácula, de héroe a tirano” (*Núcleo*), “Words in Revolution” (*The Latin American Review of Books*) y “La novela del totalitarismo en la Unión Soviética durante el estalinismo y el *deshielo*” (*Revista Chilena de Literatura*).

Bibliografía

- ARENDRT, Hannah. 2004 [2001]. *Los orígenes del totalitarismo*. Madrid: Taurus. Trad.: Guillermo Solana.
- BURLEIGH, Michael. 2004 [2000]. *El Tercer Reich. Una nueva historia*. Madrid: Punto de Lectura. Trad.: José Manuel Álvarez Flórez.
- ENGEL, David. 2006 [2000]. *El holocausto, el Tercer Reich y los judíos*. Buenos Aires: Nueva Visión. Trad.: Elena Marengo.
- FEST, Joachim. 2004 [2002]. *El hundimiento. Hitler y el final del Tercer Reich*. Barcelona: Galaxia Gutenberg. Trad.: Carmen Gauger.
- FEUCHTWANGER, Lion. 2005 [1963]. *Los hermanos Oppermann*. Madrid: Alianza. Trad.: Carlos Fortea.
- FRIEDLÄNDER, Saúl. 2004 [1971]. *¿Por qué el Holocausto? Historia de una psicosis colectiva*. Barcelona: Gedisa. Trad.: Fina Warschaver.
- FROMM, Erich. 1981 [1977]. *El miedo a la libertad*. Bogotá: Círculo de Lectores. Trad.: Gino Germani.
- GOODRICK-CLARKE, Nicholas. 2005 [2005]. *Las oscuras raíces del nazismo*. Buenos Aires: Sudamericana. Trad.: Alfredo Grieco y Bavio.
- HITLER, Adolf. 1984 [s/f]. *Mi lucha*. Barcelona: Antalbe.
- KERSHAW, Ian. 2002 [1998]. *Hitler I*. Barcelona: Quinteto. Trad.: José Manuel Álvarez Flórez.
- SHIRER, William. 1962 [1960]. *Auge y caída del III Reich, Tomo I*. Barcelona: Luis de Caralt. Trad.: Jesús López Pacheco y Mariano Orta Manzano.
- RAFECAS, Daniel. 2013. *Historia de la solución final. Una indagación de las etapas que llevaron al exterminio de los judíos europeos*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- ROTH, Joseph. 2004 [2003]. “El anillo de los nibelungos” y “Los judíos y los nibelungos”. En *La filial del infierno en la Tierra*. Barcelona: Acantilado. Trad.: Berta Vías Mahou.